

ejercicios corporales. Según varios escritores antiguos,¹ algunos espartanos no sabían leer ni escribir; otros apenas conocían la aritmética; pero ninguna idea había en la mayoría de la nación, de geometría, astronomía y demás ciencias. Los más instruidos en literatura se contentaban con leer á Homero y á Tirteo. En el teatro lacedemonio estaban prohibidas las piezas dramáticas, y su objeto era practicar ejercicios físicos. De aquí es que muy raro espartano, como Alcman, cultivase la poesía. La música era para aquella nación un arte puramente práctico; y odiaban de tal modo la oratoria, que habiéndola aprendido un joven fuera de su país y queriendo usar de ella fué castigado por los Eforos. En una palabra, aunque entre los espartanos no hubiese carencia total de conocimientos ni de civilización, es indudable que no poseían el refinamiento ni la sabiduría que indudablemente se supone á todos los griegos sin excepción.

Empero, ya he dicho que en cuanto á ejercicios corporales, aun las mujeres espartanas se adiestraban en ellos como los hombres; pero lo que es más todavía, se presentaban en los juegos públicos casi desnudas, delante de toda clase de personas, sin diferencia de edad, sexo ni categoría.² No obstante, el Sr. Ramírez nos presenta á las griegas tan pudorosas que se avergonzaban hasta de enseñar un brazo. Así lo da á entender refiriendo cierta anécdota relativa á la mujer ó hija de Pitágoras, como si una broma ó una excepción pudiesen formar regla.

Esa costumbre de presentarse desnudas las mujeres estaba de acuerdo con la extrema libertad que gozaban en Esparta, libertad que los atenienses desaprobaban, y que pronto degeneró en libertinaje.³

Por su parte, los maridos lacedemonios no fueron el modelo de la ternura, y aun la ley prohibía, hasta cierto punto, el goce de los afectos conyugales. Es sabido que el rey Agis al volver de una campaña gloriosa, fué reprendido y castigado por haber comido con su esposa en lugar de concurrir al banquete público. De aquí es que lo general en los Lacedemonios era ver á sus esposas muy rara vez, y sólo

1 Isócrates, Platon, Plutarco, etc.
2 Plut. in Lic.
3 Plat. de Leg. lib. I

con el elevado fin que se propuso Licurgo, y he explicado bastante.

Para que todo llevase entre los espartanos el sello de la fuerza brutal, la esposa se obtenía por medio de una especie de raptó, sacándola furtivamente el novio de la casa paterna.¹

Véamos ahora lo que pasaba en Atenas, penetremos en esa culta República, y averigüemos si alcanzó mejor suerte la familia á la sombra de una civilización más delicada.

La primera ley de Solón que llama la atención del que lee, consagra el abuso del fuerte sobre el débil, del hombre sobre la mujer, pues, en ciertos casos, era permitido al varón vender la hija y aun la hermana.²

Otra ley de Solón ordena el incesto, y otra además, el adulterio. Si un ateniense dejaba una sola hija, como heredera, debía casarse con su pariente más próximo; pero si éste era impotente, la mujer se entregaba á otro de sus parientes.³ Aquí vemos grabado el mismo carácter sensualista que en las leyes de Licurgo.

Otra especie de incesto se usó entre los atenienses, pues era permitido casarse á los hermanos por parte de padre.⁴ Todo el mundo comprende los desórdenes á que da lugar el matrimonio libre entre parientes próximos.

Hemos visto que en Esparta gozaban las mujeres de una libertad excesiva; en Atenas se tocaba el otro extremo, pues vivían aisladas en aposentos retirados llamados ginéceos, sin permitirles la sociedad de los hombres. Solón prohibió á las mujeres de cierta clase salir durante el día, si no era en graves circunstancias; y durante la noche sólo podían presentarse en público en litera y con hachas.⁵

Otra prueba del aislamiento de la mujer ateniense la tenemos en que le estaba prohibido concurrir aun á los juegos olímpicos, los más famosos de la Grecia.⁶ Tenemos con todo esto formalmente contradicha la siguiente proposición del Sr. Ramírez: «No conoció la familia griega el encierro absoluto de los asiáticos, ni la absoluta libertad de

1 Xenof, op. cit.
2 Plut. in Solon.
3 Id. id.
4 Id. in Themist.
5 Id. in Solon.
6 Paus. I. 1, c. 6.

los modernos» es decir, que según el Sr. Ramírez, gozaban las griegas de un término medio conveniente entre asiáticos y europeos. No es exacto, pues vemos que, por el contrario, se tocaban los extremos de excesiva libertad en Esparta, y absoluta reclusión en Atenas.

Aristófanes confirma la situación de las atenienses, cuando dice que los maridos no dejaban salir á sus esposas ni á la ventana; ¹ pero lo que es más notable, el Sr. Ramírez confiesa también que «los helenos eran celosos hasta con sus queridas.»

Otra ley encuentro entre los atenienses digna de mencionarse, porque pasó á los romanos y de éstos á nosotros; ley que desconoce la igualdad de obligaciones morales, y que prueba el continuo abuso del fuerte sobre el débil. Sólo el tiempo y una sana cuanto enérgica filosofía, acabarán por conceder á la mujer los verdaderos derechos de igualdad al lado del hombre. Me refiero á la facultad conferida al marido de matar á su esposa adúltera cogida *infraganti*. ²

Esa misma ley, entre los griegos, no da la mejor idea respecto á la dignidad ática, pues el adúltero podía rescatar la vida con una suma que diese al marido injuriado. He aquí el adulterio convertido en negocio lucrativo.

Mientras que la esposa vivía aislada, entregada á las faenas domésticas y su infidelidad castigada de muerte, los hombres podían tener queridas. «Tenemos cortesanas para el placer, concubinas para el cuidado diario de las personas, y esposas para que cuiden la casa y nos den hijos,» son palabras de Demóstenes. ³

Además, las leyes protegían en toda forma á las mujeres públicas, quienes se educaban exprofeso en el arte de seducir: el vestido, el peinado, el modo de andar, la posición del cuerpo, los movimientos en el baile, todo era estudiado por principios entre las cortesanas griegas, con el objeto de disipar las fortunas de sus víctimas, según testimonio de antiguos autores, quienes pintan el voluptuoso refinamiento de las griegas, ⁴ á un grado que deja atrás á la más artificiosa parisiense de nuestros días. Las casas de pros-

1 In Thesmoph.

2 Plut. in Aristof.

3 Contra Neera.

4 Athen. l. 13.

titución eran uno de los recursos fiscales de los griegos: ellas, según la enérgica expresión de Esquines, proporcionaban *una vergonzosa renta*. ¹

Concluiré el breve cuadro que he querido trazar de las leyes atenienses, diciendo que en Atenas, lo mismo que en Esparta, se permitía el infanticidio. Cuando nacía un niño se le ponía á los pies del autor de sus días; si le tomaba en brazos se había salvado; pero si no quería criarle volvía los ojos y el niño era muerto ó expuesto. ²

También era común, no sólo entre los atenienses y espartanos, sino entre todos los griegos, comprar las mujeres, según lo dice Aristóteles. ³

A propósito de este escritor, me parece digna de recordar aquí su doctrina acerca de la autoridad paterna, así como la de su maestro Platón respecto á las mujeres. Aristóteles sostiene «que un padre de familia no puede hacer injusticia á sus hijos sea cual fuere su manejo con ellos.» Platón, á quien infundadamente se considera como tipo del amor puro, propuso en su *República* la promiscuidad de las mujeres, y dice: «Habrán personas destinadas á alimentar á los niños, las cuales acompañarán á las madres á las casas en tanto que tengan leche, y cuidarán que ninguna pueda conocer á su propio hijo.»

Tales son las famosas doctrinas y leyes que la falta de criterio ha presentado diversas veces á los incautos como dechado de buen gobierno, no siendo otra cosa más que la negación de afectos naturales, la proscripción de las buenas costumbres, la destrucción del hogar doméstico, la sanción del crimen.

Daremos ahora una rápida ojeada sobre la religión griega en todo aquello que pueda tener relación con la familia, y esa religión nos acabará de convencer respecto á la verdadera situación del marido, la esposa y el hijo entre los helenos.

La religión griega, calificada en pocas palabras, no era más que un grosero antropomorfismo y la deificación de los vicios más infames y detestables. Ciertamente es que varios fi-

1 Contra Timarco.

2 Entre otros véase á Terencio in Heaut. Consúltese también Platón y Aristóteles.

3 Arist. Polit. l. 2.

lósofos proponen en sus obras algunos elevados principios, y enseñan excelentes máximas; pero esto no pasaba de un círculo pequeñísimo; la nación en lo general profesaba creencias muy distintas, creencias que la ley imponía; testigo Sócrates que fué condenado á beber la cicuta por haber dudado de los dioses nacionales.

El fondo de la religión griega dominante, el espíritu de sus fiestas y ceremonias no aconsejaba la virtud, no inclinaba á la piedad, no ordenaba la práctica de los deberes más esenciales de la vida. Por el contrario, el ejemplo de los dioses, la presencia de los magistrados, la conducta de los padres y de las madres arrastraba á la nación á un culto impuro y sacrílego, el desenfreno de las pasiones, á la prosecución de aventuras escandalosas y aun á la ejecución de crímenes abominables. «Nunca se habla de nada que pueda conducir á formar las costumbres, decía Lactancio; nunca se busca la verdad; toda la atención está ocupada en las ceremonias de un culto en que el alma no toma ninguna parte y que atañen tan sólo al cuerpo.»¹

Júpiter, el padre de los dioses, el regulador del universo, viola á Danae, introduciéndose en la torre que la tenía prisionera, bajo la forma de una lluvia de oro; toma la forma de Diana para engañar á la ninfa Calisto; se convierte en el marido de Alceme para cometer un adulterio; sorprende á Leda y, por este estilo, da el primer ejemplo de la prostitución y el escándalo.

Juno es la representante del incesto como esposa y hermana de Júpiter, y al mismo tiempo de la turbulencia doméstica: los rasgos de su carácter eran los celos, la altanería, la ira y la venganza. Riñe constantemente con su marido, se injurian mutuamente, y termina por separarse de él retirándose á la isla de Samos.

Marte, digno hijo de Júpiter y Juno, era el símbolo de la cólera y de la crueldad. He aquí como nos le pinta el lírico francés (Rousseau), por medio de las siguientes palabras que pone en boca de Júpiter, las cuales expresan también la ternura paternal de éste, y la dulzura que usaba para corregir á sus hijos:

1 Inst. Divin, l. 4 c. 3.

Va, tiran des mortels, dieu barbare et funeste,
Va faire retentir tes reuets loin de moi:
De tous les habitants de l'Olympe celeste
Nul n'est à mes regards plus odieux que toi.

Tigre à qui la pitié ne peut se faire entendre
Tu n'aimes que la meurtre et les embrâsements;
Les remparts abattus, les palais mis en cendre
Sont de ta cruauté les plus doux monuments.

La frayeur et la mort vont sans cesse à ta suite,
Monstre nourri de sang, cœur abreuvé de fiel
Plus digne de regner sous les bords du Cocyte
Que de tenir ta place entre les dieux du ciel.

La conducta del buen Júpiter con su otro hijo Vulcano, debe haber dado á los griegos la primera idea del infanticidio respecto á los niños mal conformados, pues Júpiter, viendo á Vulcano feo y deforme, le precipitó del cielo, cayó en la isla de Lemnos y quedó cojo de resultas de la caída.

El desgraciado Vulcano tuvo más adelante la mala suerte de casarse con Venus, matrimonio que recuerda aquel gracioso epigrama:

Venus alegre y mocita,
Vulcano viejo y celoso,
Marte amigo del esposo:
¡Oh qué boda tan bonita!

Efectivamente, el pobre Vulcano tuvo una vida penosísima á causa de las continuas infidelidades de la bella consorte, hasta que se vengó encerrándola en una red con Marte su amante, á quien sorprendió junto con ella.

La honrada conducta de Venus mereció que los griegos la considerasen entre las diosas del Olimpo, siendo prolijo referir aquí la historia de sus torpezas, y además de prolijo innecesario, pues todos conocen esa historia. Bastará, para mi objeto, que recuerde yo algunos hechos referentes al culto del numen de la prostitución.

Venus tenía templos en todos los países del mundo; pero los más hermosos y célebres eran los de Amatonte, Lesbos, Pafos, Gnido y Citeres: la isla de Chipre le estaba especialmente consagrada. El culto que se rendía á la diosa era un compuesto de juegos, cantos y danzas; pero sobre todo de

fornicación y borrachera. Refiere Estrabón que el templo de Venus en Corinto era extraordinariamente rico, y que poseía más de mil mujeres públicas. «Esto era, añade, lo que atraía á Corinto, tantos forasteros, y la hacía tan opulenta.»¹

En el templo de Chipre, la estatua de la diosa, completamente desnuda, llevaba la señal de los dos sexos, y los muros estaban cubiertos de *ex-voto* ofrecidos por las cortesanas con inscripciones como éstas: «Bitínisa consagra á Venus un calzado elegante; Filena un peinado encantador; Anticlea un abanico; la bella Heraclea un finísimo velo.»²

Pero lo que sobre todo nos puede dar una idea del culto de Venus es el hecho siguiente:

La Venus de Praxiteles fué formada de un mármol que no tenía mancha, y, sin embargo, cierto día se descubrió una de la cual dió la sacerdotisa esta explicación: Cierta joven de buena familia se enamoró apasionadamente de la diosa, y pasaba los días enteros en el templo hablando sólo, fijos los ojos en la divina estatua. Su pasión se excitó de tal modo que un día, al ponerse el sol, se ocultó en el templo: no es posible explicar los misterios de aquella noche; pero desde entonces apareció la mancha. El joven huyó y parece que se arrojó al mar.³

Venus tuvo dos hijos dignos de ella, Priapo y Cupido. El primero, dios de los jardines y de los amores obscenos: sus fiestas iban acompañadas de vergonzosos desórdenes. Cupido fué la personificación de la inconstancia, la volubilidad y la malignidad cruel. Voltaire le ha retratado bien en los siguientes versos:

Ce dangereux enfant si tendre et si cruel
Porte en sa faible main les destins de la terre;
Donne avec un souris, ou la paix, ou la guerre,
Et cependant partout ses trompeux douceurs,
Anime l'univers, et vit dans tous les cœurs.
Sur un trône éclatant, contemplant ses conquêtes,
Il foulait á ses pieds les plus superbes têtes;
Fier de ses cruautés, plus que de ses bienfaits,
Il semblait s'applaudir des maux qu'il avait faits.

1 Estrab. I. X.

2 Anthol. græc.

3 Fêtes et coutumes de la Grèce (París 1823.)

Al lado de Venus figura generalmente Baco, el dios de los borrachos, el dios en cuyo honor se celebraban las famosas *bacanales*, fiestas que dieron lugar á tales excesos entre hombres y mujeres, que el Senado romano se vió obligado á prohibir su celebración.¹ Entre los griegos, el pueblo entero se entregaba al mayor desenfreno en las fiestas de Baco, y según dice Platón,² él vió toda la ciudad de Atenas sumergida en la embriaguez.

Después de los dioses mencionados, pudiera citar á Plutón, raptor de Proserpina, á Mercurio numen de los ladrones, y á otros por el estilo, representantes de todos los apetitos infames, de todos los excesos, de todos los vicios; pero mi relación se haría muy cansada y acaso repugnante. Concluiré, pues, lo relativo á la religión griega, recordando una costumbre que demuestra el mal tratamiento que se daba á los niños y á las mujeres.

En una fiesta que cada año se dedicaba á Diana, se colocaban cerca del altar jóvenes apenas salidos de la infancia, y escogidos entre todas las clases del Estado, á los cuales se daban azotes hasta hacerles correr la sangre, y á veces hasta matarlos. «Los padres, dice un escritor,³ no se movían á compasión al ver sus hijos destrozados con crueles azotes, más temían verlos flaquear que espirar, y los exhortaban incesantemente á que mostrasen hasta el fin la fortaleza de un valor invencible.»

Esa ceremonia religiosa tenía lugar en Esparta, y lo mismo se verificaba en Arcadia con las mujeres, que también solían espirar á golpes.⁴

Ahora bien, yo pregunto: ¿Qué costumbres podían producir una religión y unas leyes como las que he diseñado?

Dícese que Licurgo quiso presentar desnudas á las mujeres, porque la virtud y no el vestido debía ser el guardián de su conducta. Lo cierto es que Aristóteles dice terminantemente, que «las mujeres espartanas eran las más prostituidas y corrompidas de la Grecia.»⁵ Xenofonte acon-

1 Tito Livio I. 39.

2 De leg. lib. I.

3 Pausanias.

4 Archeología græca, de Poterus.

5 Polít. I. 2 c. 9.